

BOURGET, Paul, *Baudelaire y otros estudios críticos*, ed. de Sergio Sánchez, estudio preliminar de Giuliano Campioni, Córdoba (Argentina): Ediciones del Copista, 2008, 438 pp. ISBN 978-987-563-176-2.

Paul Bourget publicó entre diciembre de 1881 y octubre de 1885 en la *Nouvelle Revue* una serie de diez estudios que constituirían los capítulos de sus dos obras más importantes: *Essais de psychologie contemporaine* (Paris: Lemerre, 1883) y *Nouveaux Essais de psychologie contemporaine* (Paris: Lemerre, 1885). Posteriormente se unieron en un solo volumen, en 1899, bajo el título ya conocido: *Essais de Psychologie contemporaine*. Aunque el título de la traducción española pone el acento en el primero de sus estudios sobre Charles Baudelaire, sin embargo se trata de la traducción de los cinco estudios que componen su primera obra, *Ensayos de psicología contemporánea* de 1883, que analizan a los autores Baudelaire, Renan, Flaubert, Taine y Stendhal. Esta traducción nos acercará a los lectores de habla hispana a uno de los autores que más influyeron en Nietzsche, con lo cual podremos comprender mejor una de las facetas más importantes de su filosofía: la perspectiva del «psicólogo». Nietzsche había leído en invierno de 1883 los *Essais de psychologie contemporaine*, iniciando un contacto, que sería muy productivo, con la cultura francesa contemporánea y con la nueva psicología que se constituía como un camino para abordar los problemas fundamentales. Giuliano Campioni, uno de los investigadores que más ha profundizado en la relación de Nietzsche con los autores franceses, a través de Bourget, nos proporcionó en su obra, *Nietzsche y el espíritu latino* (Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2004), una información muy interesante para comprender mejor la influencia del crítico francés en la obra de Nietzsche, sobre todo en aquellos temas tocantes al nihilismo, a la decadencia y al «análisis psicológico» definido por el propio Nietzsche también como «vivisección» para las cosas del espíritu. Hay que tener en cuenta que las reflexiones de Nietzsche sobre el nihilismo surgen como resultado de su contacto con la cultura francesa de su tiempo, pero sobre todo de la influencia de Paul Bourget. El propio Nietzsche declaraba expresamente su cercanía con el psicólogo francés y no cabe duda de que quedó atrapado y fascinado por ese flujo tan vitalista y crítico que se cultivaba en aquel momento, sobre todo en el París de la decadencia, que se convirtió entonces en un verdadero laboratorio experimental de nuevos modos de pensar y de vivir. Ese influjo le sirvió de inestimable ayuda para contraponer el «espíritu latino» y el «espíritu germánico», al mismo tiempo que los mundos de ilusión que generaban el paradigma de la música y Wagner dejaban paso a la «pasión del conocimiento» como un camino adecuado para poder «llegar a ser sí mismo».

Este tratado de Bourget, tal y como afirma en el prefacio de la obra, tiene como finalidad «redactar algunos apuntes útiles para el historiador de la vida moral de la segunda mitad del siglo XIX francés» (p. 63), tomando como referencia las obras de los cinco célebres escritores franceses mencionados. Él considera que uno de los elementos principales y más importantes de esa vida moral es la literatura, ya que el libro se erige en el gran iniciador de las personas, en el que define las «formas típicas de sentir» que los escritores de la época proponen. De este modo, estos ensayos son como «casos clínicos» de la gran ciudad, ensayos sobre la «multiplicidad del yo», algo así como el balance de una generación, el estudio de un periodo de crisis de valores en una sociedad que padece el mal de la «enfermedad de la voluntad». Aquí se sigue la tradición de la novela de análisis que diagnostica los males de la sociedad francesa,

pero sobre todo de París y la vida parisina que son para Bourget, lo mismo que para Nietzsche, el centro de la *décadence* y un objetivo para el análisis y la crítica. París aparece como un «invernadero» en el que se produce una atmósfera especial que «quema y endurece al hombre», es el gran laboratorio experimental de los valores y será un referente para Nietzsche el «psicólogo». Como indica Campioni, en la interesante introducción de esta traducción, «Psicología y nihilismo: Nietzsche y Bourget» (pp. 11-58), «muchas de estas máscaras de la decadencia, se encuentran representadas en las 'figuras' del hombre superior de la IV parte del Zarathustra». La nueva «psicología» que Nietzsche descubre en estos autores le abría nuevas posibilidades a los interrogantes que le planteaba el problema que había sido su obsesión desde el principio: «el hombre». A partir del invierno de 1883 él mismo se define ya como psicólogo, el primer psicólogo entre los filósofos, pero con una actitud mucho más radical frente a los problemas metafísicos y morales que sus modelos franceses. A partir de entonces, como indica Campioni (p. 13), todo queda reducido a psicología: la psicología del cristianismo, la psicología de la conciencia, la psicología de la *décadence*, la psicología del artista de la decadencia. En este contexto se puede decir también que la actitud de Nietzsche contra Wagner en sus dos pequeños opúsculos *El caso Wagner* y *Nietzsche contra Wagner* es el resultado de un análisis psicológico en profundidad o de una «vivisección» que quiere llegar a los lugares más recónditos de la conciencia. Las nociones de *décadence* y de la «fisiología del arte» no se entienden sin ese telón de fondo. No obstante, Nietzsche también tuvo ciertas reservas en relación a la praxis de Bourget, una cierta reserva como psicólogo, ya que éste introducía elementos morales a la hora de establecer los remedios frente a las «enfermedades morales».

El examen que hace Bourget de estas figuras paradigmáticas de la cultura francesa, en las que ve las distintas maneras de enfrentarse al pesimismo, «el mal del siglo» y a la Nada, comienza por Charles Baudelaire, el autor de *Las flores del mal*. Para él éste es «el ejemplar acabado de un pesimista parisino» (83), en el que predomina el gusto por la Nada, una vez que ha dejado fisuras por las que se cuelan todos los placeres. A falta de la creencia en un paraíso verdadero, los personajes de Baudelaire sedientos de «un infinito real» lo que necesitan es un «paraíso artificial». Al introducirse en la verdad de la naturaleza humana, esa nueva manera de interpretar el pesimismo le sitúa en un lugar privilegiado de la época, al comprender asombrosamente esta novedad. Para Bourget, Baudelaire fue un hombre de la «decadencia» y se convirtió en un «teórico» de ella. Con la palabra «decadencia» designa «el estado de una sociedad que produce un número demasiado grande de individuos inadaptados a los trabajos de la vida común. Una sociedad debe ser asimilada a un organismo» (p. 91).

Mayor atención dedica a Ernest Renan (pp. 101-174), al que considera como el hombre de su tiempo que estuvo más atento a «los mínimos accidentes de la vida cotidiana» y representa para él algunos de los modos más esenciales del pensar y sentir de la época. Tomada en su conjunto, la obra de Renan es como una «obra de ciencia» que da testimonio con gran fuerza de las tendencias sentimentales del momento. Una prueba de ello son los títulos de los volúmenes que publicó, en los que se pone de relieve la sensibilidad religiosa y la imaginación moral dirigida hacia las emociones de la conciencia y los sentimientos morales. Para Renan todo es materia de análisis y frente a sus contemporáneos procede con los interrogantes sobre el valor de la vida moral, buscando soluciones a los problemas de la búsqueda religiosa y moral, al espíritu de los dogmas. La respuesta al sentido general de la crisis de la segunda mitad del ochocientos se encuentra en los *Dialogues*, donde el pesimismo de fondo se invierte en la afirmación de una voluntad de poder, dando muestras de una serenidad imposible para los incrédulos, por pasión o por lógica, en relación al

problema religioso. Giuliano Campioni le dedica un capítulo en su obra *Nietzsche y el espíritu latino*. Es elocuente el título de uno de los apartados «La filosofía de Nietzsche: ¿un 'renacimiento exasperado y sin matices'?». Por otra parte, autores como Bourdeau le asigna un papel fundamental en la inspiración de Nietzsche, junto a Schopenhauer, sobre todo en su concepción aristocrática de la historia. Para él, como para Nietzsche, toda cultura es obra de aristócratas. Bourget viene a decir que ningún escritor ha captado mejor que Renan esta antítesis entre el hombre superior y la democracia (p. 169). De ahí que en los *Dialogues*, en la parte titulada *Sueños*, exponga un plan completo de esclavización de la mayoría por parte de una élite de pensadores, algo que posteriormente Nietzsche utilizaría en relación con el genio y la política. Pero además, Renan habla del «hombre superior» como criatura única y como contemplador que ve de lejos las posibilidades futuras. No es extraño, por eso, que algunos autores franceses hayan visto en los *Dialogues* la teoría del superhombre y que crean que Nietzsche pensó en voz alta lo que Renan y Flaubert, por ejemplo, hicieron en voz baja. Bourget termina dedicándole este gran elogio: «Ningún escritor, salvo él, presenta tantas novedades en las ideas y en los sentimientos, porque ninguno ha desplegado mayor sinceridad en la invención de las propias ideas y en la exposición de los propios sentimientos» (p. 173).

Gustave Flaubert es otro de los escritores que analiza Bourget (pp. 175-230), como representante más significativo de la extrema impotencia para vivir el contraste entre realidad e idealidad: «estar fisiológicamente organizados para la infelicidad» (p. 199). Para él lo que Flaubert cuenta magníficamente es el «nihilismo de las almas desequilibradas y desproporcionadas como la suya» (*ibid.*). Pero esa «desproporción» es una ley constante imposible de superar, ya que las circunstancias o la atmósfera en la que el alma se mueve determinan la miseria de nuestra vida. Bourget va analizando los personajes principales de las cinco novelas que ha publicado Flaubert, poniendo de relieve cómo se pone en práctica su teoría psicológica de la miseria de la vida. Los personajes sufren, porque se han forjado de antemano una idea de los sentimientos que habrán de experimentar. Bourget cree que es el «pensamiento» el que se convierte en un elemento nefasto y destructor, el que condena al hombre a la infelicidad.

El análisis que hace de Hyppolite Taine (pp. 231-300), discípulo y seguidor de Stendhal, sigue la misma línea de los anteriores. Para Bourget éste es el representante del «nihilismo científico». Como destructor de los ídolos de la metafísica oficial, el pesimismo es la «última palabra de toda la obra de Taine». La impotencia frente a situaciones ambientales produce un «incurable nihilismo» (p. 285), pues somos nada frente a los desmesurados poderes que nos rigen. Nietzsche sigue las explicaciones de Taine sobre el yo, en el que no hay nada de real, el yo visible es más pequeño que el «yo oscuro», el que no se aprecia, pues «nosotros somos desconocidos para nosotros mismos», decía en *La genealogía de la moral* (Prefacio, 1). La idea del yo es un producto, contribuye a su formación una «multiplicidad», de manera que la disolución del sujeto, como unidad, comienza a perfilarse como uno de los temas principales de la nueva ciencia psicológica. Para Campioni, la imagen que Nietzsche tiene de Taine se debe al retrato que hace de él Bourget: sólida energía del carácter, invencible rigor de la disciplina interior, ascetismo de la ciencia y nihilismo radical. Nietzsche valora especialmente la «limpieza intelectual» de Taine. Bourget termina su exposición con un análisis del que fue un apasionado analítico y modelo de psicólogo por su «voluntad de claridad», Stendhal (Henri Beyle). Ya antes de que lo descubriera en Bourget, Nietzsche se había fijado en él. En *Más allá del bien y del mal* (§ 39) Nietzsche presenta a Stendhal como la imagen del «filósofo del espíritu libre» y como crítico del gusto alemán, y cita sus palabras: «Para ser un buen filósofo —dice este último psicólogo

grande— hace falta ser seco, claro, sin ilusiones. Un banquero que haya hecho fortuna posee una parte del carácter requerido para hacer descubrimientos en filosofía, es decir, para *ver claro en lo que es*. Son muchos los elogios que hace Nietzsche a la figura de Stendhal: «quizás ha tenido —entre todos los franceses de *este* siglo— los ojos y los oídos más llenos de inteligencia» (GC, § 95).

La traducción y la edición de Sergio Sánchez es correcta y cuidada. Se incluye también una amplia cronología sobre Bourget, y una extensa bibliografía realizada por Francesca Manno. No hace falta decir que esta obra de Bourget, hoy ya al alcance de todos, es una obra indispensable para conocer el trasfondo de la filosofía de Nietzsche y al mismo tiempo para tomar el pulso a la literatura de la época. Muchos aspectos de la filosofía de Nietzsche se entenderían mejor, si conociésemos las fuentes de las que surgieron sus principales ideas.

Luis E. de Santiago Guervós

DÍAZ GENIS, Andrea, *El eterno retorno de lo mismo, o el terror a la historia*, prólogo de Paulina Rivero Weber, Montevideo: Ediciones Ideas, 2008, 183 pp. ISBN: 9974-627-84-2.

El libro se divide en tres partes, más una presentación de la autora (15-19) y unas conclusiones. La primera parte examina el eterno retorno en el pensamiento mítico y en el pensamiento religioso de Kierkegaard (25-58). La segunda pasa a ocuparse de Nietzsche, haciendo un análisis pormenorizado de esta teoría en los distintos textos en que aparece, y en sus diferentes formulaciones (61-115). La tercera examina las interpretaciones filosóficas más importantes que se han hecho de esta teoría nietzscheana, Heidegger, Borges y la interpretación kantiana (119-150). Por último, z- conclusiones, que en realidad constituyen la parte cuarta, no vienen a resumir el trabajo desarrollado, sino que añaden ideas nuevas, sobre la base de todo lo trat anteriormente: la autora extrae sus conclusiones al confrontar los pensamientos de Nietzsche, y las restantes interpretaciones examinadas, con la reflexión sobre su propia experiencia de vida (153-177). El libro se completa con una bibliografía de los libros utilizados sobre la temática, siempre muy útil para una rápida localización de las referencias (179-183).

Haré un breve examen del libro limitándome a señalar aquellas ideas que me han parecido más interesantes, y que constituyen una importante aportación al tema, tanto en el ámbito hispano como en el internacional, sin seguir forzosamente el orden del libro. Antes quisiera hacer constar mi total recomendación. Aunque el título despierte un poco, es una aproximación muy buena al tema del eterno retorno en Nietzsche (me permito sugerir un cambio de título, para una futura segunda edición, que lo explicita mejor). No sólo por su contenido, por el exhaustivo trabajo sobre los textos nietzscheanos y el uso oportuno de la bibliografía, sino además por la redacción clara, amena y filosófica que lo anima. Tenemos aquí un libro que, para estudiar la cuestión tan difícil del eterno retorno, no recurre tanto a enormes dosis de erudición historiográfica, cultural y filosófica, como a la experiencia vivida y la reflexión personal. En él hay más ideas interesantes que en otros estudios más extensos y sesudos. Sirva de garantía a lo que digo el prólogo de Paulina Rivero Weber (9-11).

Díaz Genis comienza resaltando con mucho acierto la diferencia radical de Nietzsche con respecto al pensamiento mítico (25-42): el pensamiento nietzscheano del eterno retorno no es ningún intento de huir y encontrar un refugio a salvo de la